REPSOL YPF

XIII. CONCURSO DE CONTOS

REPSOL - YPF

Segundo Premio en Versión Castellana

Título: "LA MUERTE DE UNA ESPERANZA"

Autora: SILVIA MURIAS GOMEZ.

Centro: I.E.S. PORTA DA AUGA de RIBADEO (LUGO)

AÑO 2.000

C-003-LU

Lema:
ALABAMA

Título:
La muerte de una esperanza

DE UNA ESPERANZA

AUTOR: ALABAMA

Miro a mi alrededor y sólo veo ruinas. ¿Cómo es posible? Toda mi infancia descansa bajo esas melancólicas piedras que vieron pasar todos aquellos años en los que mi corazón aún no conocía los horrores de la cruda guerra, que no tardaría en destrozar mi vida y la de todos aquellos que me rodeaban. Resulta increíble cómo pueden llegar a cambiar las cosas; resulta increíble pensar que hubo un tiempo en el que estas calles estuvieran llenas de vida, de todas aquellas vidas de las personas que yo más quería y que ahora reposan inertes bajo las ruinas. Camino sobre el recuerdo y aún puedo ver con nitidez todas aquellas caras colmadas de sonrisas, aquellos dulces rostros que logro reconocer y que me llenan de angustia y desconsuelo al recordar sus tumbas. Puedo oír el alboroto de los niños, pero no tarda en atronarme el sonido de los tiros, el sonido de la muerte. Comienzo a correr bajo la lluvia intentando en vano huir de las viejas piedras que me cuentan mi pasado, aquel tiempo en el que aún era feliz y sobre el que se ciernen un millón de lágrimas perdidas en el tiempo, sobre el que me remonto...

El sol iluminaba todos y cada uno de los recodos de mi vida. Acababa de salir del colegio y veloz, me dirigí a mi casa. Cuanto antes llegase, antes podría ver a mi padre, hacía tanto que no le veía... Mi padre era violinista en la orquesta sinfónica nacional y debido a los continuos viajes al extranjero, apenas podía verle. Ansiaba llegar a casa, que me contara lo que había hecho, y sobre todo ver qué regalo me había traído esta vez.

Sobre mi cama una preciosa bola azul, que contenía lo que parecía ser una gran plaza llena de gente. Al girarla, caían sobre ella cientos de copos de nieve, sin duda alguna nunca había tenido nada tan preciado entre mis manos. Era como si allí dentro existiese un mundo aparte. Entonces mi

padre entró en la habitación y me vi sometido en el cerco de un cálido y añorado abrazo.

- Recuerda- dijo- si alguna vez te encuentras en peligro, quiero que cojas esta bola de cristal y que mires dentro de ella, quiero que luches por tu vida, por aquellos que quieres y por todo ese mundo que aún debes recorrer. ¿Me prometes que lo harás?

- ¡ Te lo prometo!- dije con la mirada fija en aquella plaza que parecía esperarme...

Era muy raro oír aquellas palabras en los labios de mi padre, algo raro estaba sucediendo. Y ese "algo" era la peor noticia que nunca hubiese podido imaginar: La Guerra. Ahora me doy cuenta de lo inocente que era. Si hubiese sabido lo que realmente conlleva una guerra...

La lluvia cala mi rostro y congela mis manos. Me resulta muy duro estar aquí, volver. Pero no tardará en llegar y han sido demasiados años de espera...

Muy pronto las duras noticias que colmaban los transistores dejaron de ser vanas palabras para convertirse en un oscuro temor que carcomía los nervios de aquellos que comenzaban a temer por sus vidas.

Pero el verdadero horror comenzó aquella fría noche que apenas consigo recordar:

Un golpear en la puerta a media noche, un disparo seco, el grito exacerbado de mi madre, llanto, y en medio de un gran charco de sangre, mi padre agonizando. Traté de mantener la calma, y postrándome ante él, me sumergí en sus ojos. Aquella triste mirada me atravesó las entrañas en

un suspiro, aquel mismo suspiro que desarraigó la luz de aquellos ojos, aquellos que yo más quería. Alcé la mirada y vi a aquel infame soldado riéndose de mi desgracia. Cogí aquella arma en mis manos, y sin darle tiempo a reaccionar, le arranqué la sonrisa de un balazo.

- ¡Coged lo imprescindible!- grité a mi hermana y a mi madre, que apenas podían dejar de llorar. Y en medio de la noche, nos adentramos en las gélidas montañas intentando evadirnos de un destino que nos acariciaría tantas veces... Los minutos, las horas, los días se hicieron eternos en aquel huir exasperado que nos conducía a ninguna parte. Pero fue allí sentado, cuando afronté la realidad que nos había sobrevenido, la dura verdad que me mostraba la deplorable apariencia de aquellos famélicos rostros que me rodeaban, lastimosas miradas que me hacían olvidar aquel hondo quejido en mi vientre, aquel temblar constante propiciado por la yerta penumbra que me apresaba, que nos consumía...

Resulta irónico que a veces cuando te crees tan hundido en el lodo que no imaginas nada peor, ocurre algo que te sumerge del todo y te hace morir por dentro. Y esto fue lo que me aconteció. Llevábamos demasiadas horas caminando, cuando divisamos a lo lejos una pequeña población. Mi madre nos pidió, que la aguardásemos agazapados entre el ramaje en el más absoluto de los silencios, pasase lo que pasase. Y susurrándome al oído, me rogó que cuidase de mi hermana y que fuese tan fuerte como las circunstancias que me apresaran. Lentamente se alejó y cuando la creíamos a salvo, un soldado surgió de la nada y me arrebató la esperanza de un mañana, llevándose de un sonoro disparo a aquella que me había traído al mundo, un mundo lleno de rabia, miseria y dolor. Aturdido en lo más

profundo de mi pena, abracé a mi hermana e intenté vanamente consolarla mientras la separaba de aquella torturante imagen que nos mostraba una vez más un gran charco de nuestra propia sangre.

De nuevo nos internamos en la confusa espesura de la nada, sobre la que cada paso parecía internarme más y más, si es que aún era posible en la aprensión de un funesto porvenir. Y fue aquel caminar errante el que me unió a aquella eterna compañera, que estaría junto a mí durante el resto de mi vida: la soledad perpetua.

En medio de aquel vacío, percibí algo extraño, un crujir de ramas en la misma dirección donde se hallaba mi hermana. Arrastrado por la inquietud, me deslicé en silencio hasta su paradero, y asomando la cabeza entre unos arbustos, pude descubrir a mi hermana bajo el cuerpo de un depravado soldado. La cólera se apoderó de mí, y como si de un instinto se tratase, saqué el cuchillo de mi bota, y me abalancé sobre aquel cuerpo que se deshacía en gemidos sobre ella. Con toda la ira acumulada, que reposaba inerte en mi interior, clavé aquel filo en lo más profundo de su espalda. Y entonces, anta mí, la perversa sonrisa de aquel cínico asesino que me había separado de mi padre. Entonces, saqué el cuchillo y con todas mis fuerzas lo volví a encajar una y otra vez, en aquel miserable trozo de carne humana, hasta que caí en la cuenta de mis manos ensangrentadas, y reventé a llorar. Lloré por el frío y el hambre que sentía, lloré por la sangre de mi madre, por la ausencia de mi padre, lloré por mi hermana que había perdido la dignidad a manos de aquel ser inmundo, y lloré por estar allí tendido en el barro con el alma de aquel chico en mis manos. Y fue entonces, cuando ahogado en mis propias lágrimas me sentí vivo por

primera vez en mucho tiempo. Hurgué en mi harapiento bolsillo y saqué aquella pequeña pero a la vez tan inmensa bola de cristal que me había acompañado durante todo el camino. Miré en su interior y volví a descubrir las palabras de mi padre, volví a descubrir aquella plaza llena de vida... vida como aquella que yo sentía que me esperaba... la guardé con cariño y ayudé a mi hermana a incorporarse. Horas y horas de angustioso silencio y pesado vagar inconsciente, nos condujeron hacia nuestra salvación, y es que a unos pocos metros de nosotros, los soldados se acercaban ¡hablando nuestro idioma!. Salimos a su paso, y les rogamos ayuda. Pronto llegó el camión que transportó el cuerpo semiconsciente de mi hermana hacia la esperanza: un cercano campo de refugiados. Yo seguí a pie, ignorando que el destino que me aguardaba no era el esperado; un gran campo, comida, médicos y cientos de personas en mi misma situación rodeando el inmenso abismo emocional que me consume al descubrir que mi hermana no se encuentra junto a mí.

Nunca logré superar la amargura del recuerdo arraigado en mi alma abatida, pero seguí adelante, y me gané la vida de la única manera que sabía, de aquella manera que había aprendido de mi padre, y ahora mi hijo aprendía de mí: tocando un viejo violín. Un viejo violín, que, melancólico llora una y otra vez la ausencia de aquellos seres que yo más amaba, y que perdí para siempre a causa de la sucia guerra que ahora sufren cientos y cientos de niños que atónitos, ven morir en su interior el espíritu de la inocencia.